# ESCULTURA Y ESCULTORES DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO

JULIO MARTÍN DE VIDALES GÓMEZ
Numerario

Sr. director, autoridades, académicos, señoras y señores:

Me hallo ante ustedes con la responsabilidad de impartir la lección inaugural del curso académico 2018-2019, empresa no exenta de dificultad, pues se trata de una tarea con la que no estoy muy familiarizado, dado que mi presencia en la Real Academia obedece a mi condición de escultor. Acostumbrado, eso sí, a trabajar con las manos e intentar llevar a la arcilla, la madera, la piedra, el bronce o al material objeto de modelado o talla la creatividad, las inquietudes artísticas. Los sentimientos, en definitiva, dictados por la mente y el espíritu.

Aceptado el compromiso, establecido por otro lado en tos estatutos, de presentarme en esta tribuna, la siguiente duda planteada era el tema de la disertación. Un miembro de la sección de Bellas Artes, escultor para más señas, ¿qué podría ofrecer en un acto revestido de solemnidad? Desde luego, no desaprovechar la oportunidad para hablar de lo que conozco, para expresarles mi personal opinión sobre una manifestación plástica con tanta tradición y con numerosas obras en Toledo, aunque no tantas como sería desea-

ble para quienes hemos hecho de la escultura una profesión y, sobre todo, una vocación.

Varias opciones rondaron por mi cabeza: las vicisitudes del proyecto de creación del Museo de Escultura al Aire Libre en Toledo o el protagonismo de la escultura como obra de arte en el tejido urbano de la ciudad, pero, sobre todo, me inclinaba por algún argumento que enlazara dos realidades muy queridas para mí, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y lo que desde niño, gracias al magisterio de mi añorado padre, ha sido mi vocación: escultor.

Además, en un deliberado intento de no deslizarme hacia la reivindicación gremial, he optado finalmente por elaborar un texto cuya máxima aspiración no es otra que la de rendir un sincero, y a la par sencillo, homenaje a los cuatro únicos académicos numerarios escultores que han ocupado sillones a lo largo del siglo de existencia de la institución.

Hay más razones todavía: la evidente identificación personal y si me permiten la palabra, sentimental, con mis predecesores. No me cabe duda del interés con que seguirían el curso de los acontecimientos artísticos de la ciudad, la honda preocupación por preservar e incrementar el patrimonio escultórico, su diligente actitud para arrimar el hombro en cuanto se requiriera su colaboración. Y si tengo este convencimiento no es únicamente por la lectura de las actas de la Real Academia, fuente principal para redactar estas páginas; también por constituir la esencia de mi compromiso con la corporación que hace diez años me honró al elegirme e incorporarme entre sus distinguidos integrantes.

Una razón más: los estrechos vínculos de esos maestros y mío personal con la Escuela de Artes, centro de enseñanza fundamental para comprender la evolución artística y artesanal de la ciudad, donde ellos ejercieron su magisterio y donde di mis primeros pasos como alumno, admirando a mis maes-

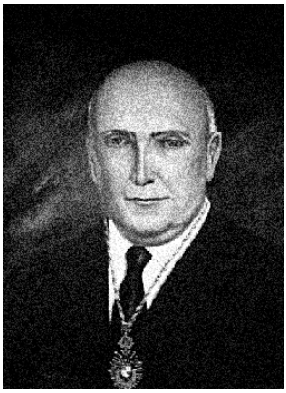
tros y guardando en la memoria un recuerdo lleno de gratitud. Como estarán preguntándose a quiénes me refiero, me apresuro a indicarles sus nombres: Aurelio Cabrera Gallardo, Roberto Rubio Rosell, Cecilio Béjar Durante y Francisco García López, más conocido como *Kalato*.

En lugar de hacer un relato biográfico individualizado, lleno de pormenores, de cada uno de ellos, y de repetir lo que han escrito otros autores[1], he preferido articular el discurso alrededor de cuatro ideas o conceptos claves y constatar cómo incidieron en ellas cada artista desde su propio temperamento como persona y como creador. Estas ideas son la formación, los vínculos con la Escuela de Artes, su paso por la Real Academia y sus obras en Toledo.

## 1.- FORMACIÓN.

Como sabrán, la formación de un artista no siempre, ni necesariamente, tiene que ser académica en centros de enseñanza seguida de obtención de títulos. Sencillamente puede darse y ser, en ocasiones, la fundamental en un taller o en el estudio de un 'maestro'. En nuestros académicos encontramos ambas fórmulas. Roberto Rubio recibió clases en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, ciudad donde nació en 1886. Aurelio Cabrera inició sus estudios en la Escuela Municipal de Dibujo de Badajoz; gracias a su aplicación, buenas dotes y, especialmente, al mecenazgo del conde de la Torre del Fresno, logró ser pensionado en 1896 para ampliar estudios en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid, institución importante en las Bellas Artes regida por un reglamento aprobado por Su Majestad en 1871. Cecilio Béjar fraguó su aprendizaje en el taller familiar de cantería, ubicado finalmente en la ermita de San Eugenio, completado con las enseñanzas en la Escuela de Artes

[1] M. Bazán de Huerta, *Aurelio Cabrera*, Badajoz, 1992.

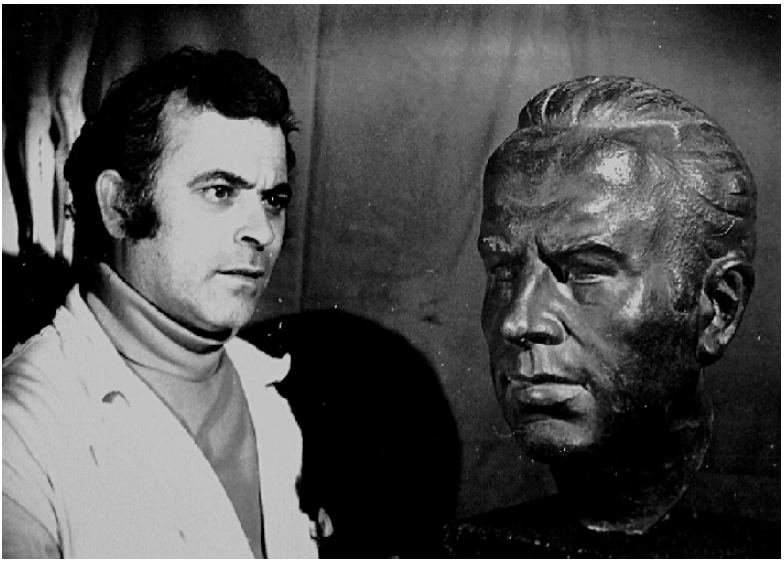


A la izquierda, Aurelio Cabrera, por Miguel Pérez Reviriego (1995). Sobre estas líneas, retrato de Roberto Rubio (Real Academia).

Aplicadas de escultura y modelado impartidas por los mencionados Rubio y Cabrera, y también por Tomás Gimena. En 1934 disfrutó de una pensión concedida por la Diputación Provincial de Toledo de escasa cuantía, más un estímulo para proseguir su proyección que una ayuda económica para poder salir de los estrechos muros de la Ciudad Imperial. No obstante, desde 1911, el organismo provincial venía concediendo becas, algunas de las cuales disfrutaron artistas tan conocidos como Enrique Vera, quien viajo a Viena e Italia (1911-1913) para estudiar y perfeccionar la técnica pictórica, o Alberto en 1925, pensionado durante tres años[2].

Trayectoria muy similar fue la de *Kalato*, artista vocacional, autodidacta, discípulo de Cecilio Béjar en el taller de cantería, quien le familiarizaría con las técnicas, los materia-

[2] A. Serrano de la Cruz, *La Diputación y las Artes a principios de nuestro siglo*, Toledo, 1994, pp. 15 y 19.



Kalato en 1972, con el busto a su maestro Cecilio Béjar (Fundación Kalato).

les y los procedimientos escultóricos. Antes fue estudiante en la Escuela de Artes, becado por la Diputación Provincial gracias a la intercesión de un maestro de su pueblo (Gálvez) que supo intuir las dotes del discípulo, donde obtuvo el título de graduado en Artes Aplicadas, especialidad de talla en piedra. Íntimamente vinculado a su centro docente durante cuarenta años se consagró a formar a generaciones de jóvenes con inquietudes plásticas, sin olvidar, por supuesto, su vena creativa en soportes tan diferentes como mármol, madera, terracota, hierro o granito.

Testimonio elocuente de la calidad formativa de estos artistas es la cascada de premios obtenidos a lo largo de sus vidas. Sin ánimo de exhaustividad, como simple botón de muestra, pueden señalarse:

· Cabrera: En la Exposición Nacional de 1901, tercera medalla por un *San Sebastián*. En la Exposición Nacio-

nal de 1903, primera medalla por *Un sobrinito del señor cura*. También fue ganador del concurso para decorar el salón de actos de la Diputación de Lugo.

· Rubio Rosell: Numerosos premios en exposiciones nacionales e internacionales, en modalidades de mención o medalla en Barcelona, Madrid, Valencia o París. Merecen ser citados los conseguidos en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1912 (medalla de segunda clase) y en la Exposición Internacional de Barcelona de 1913 (primera medalla).

· Cecilio Béjar: Primera mención en la Exposición Nacional de 1932.

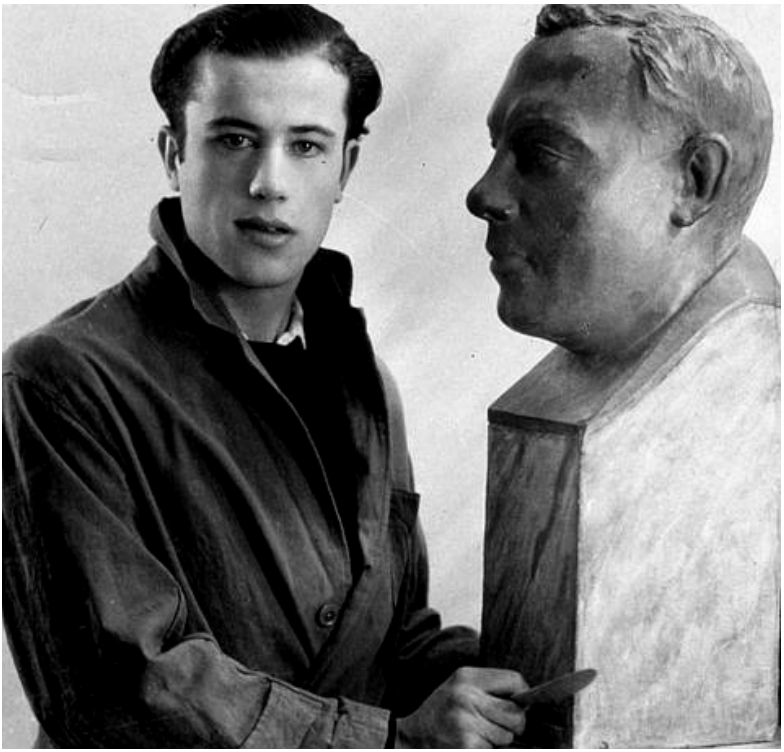
· *Kalato*: Su obra, dispersa por Francia, Portugal y España, «reconocida y premiada en numerosas ocasiones»[3], también recibió abundantes distinciones. Realizó frecuentes exposiciones en lugares distintos de Toledo (como la Escuela de Artes y el Palacio de Benacazón), así como en la capital de España. Actualmente, la Fundación Kalato está llevando una meritoria labor de investigación, conservación y difusión de su obra, contando entre sus fondos con abundantes muestras.

**2.- ESCUELA DE ARTES.**

Creada a finales del siglo XIX e inaugurada a comienzos del XX, más que los detalles de su historia -pueden leerse detalles sobre ella en el trabajo escrito por Eugenia Muñoz Barragán[4], académica correspondiente y profesora de historia del arte en el centro antes de trasladarse a la Escuela de Murcia- me interesa recordar que nació como centro educativo con la pretensión de fusionar arte y oficios, de contribuir a la

[3] Catálogo de la exposición *Kalato. Creación y didáctica de la escultura* (celebrada en el Museo de Santa Cruz), Toledo, 2007, p. 28.

[4] E. Muñoz Barragán, *La Escuela de Artes y Oficios de Toledo*, 1992.



El escultor Cecilio Béjar a edad temprana.

formación de artistas artesanos, de estudiantes afanados en un laudable intento de compaginar estudio y trabajo. En su espíritu estaba presente el movimiento *Arts and Crafts*, impulsado en Gran Bretaña por William Morris (1834-1896), que propugnaba la vuelta a los oficios manuales, el contacto directo con los materiales, las antiguas técnicas y la protección del legado artístico. Este polifacético personaje -diseñador, arquitecto, escritor, artesano- y su obra fueron objeto el invierno pasado de una amplia e interesante exposición en la Funda-

ción Juan March de Madrid, algunas de cuyas imágenes fueron utilizadas por la marca Loewe en su última campaña.

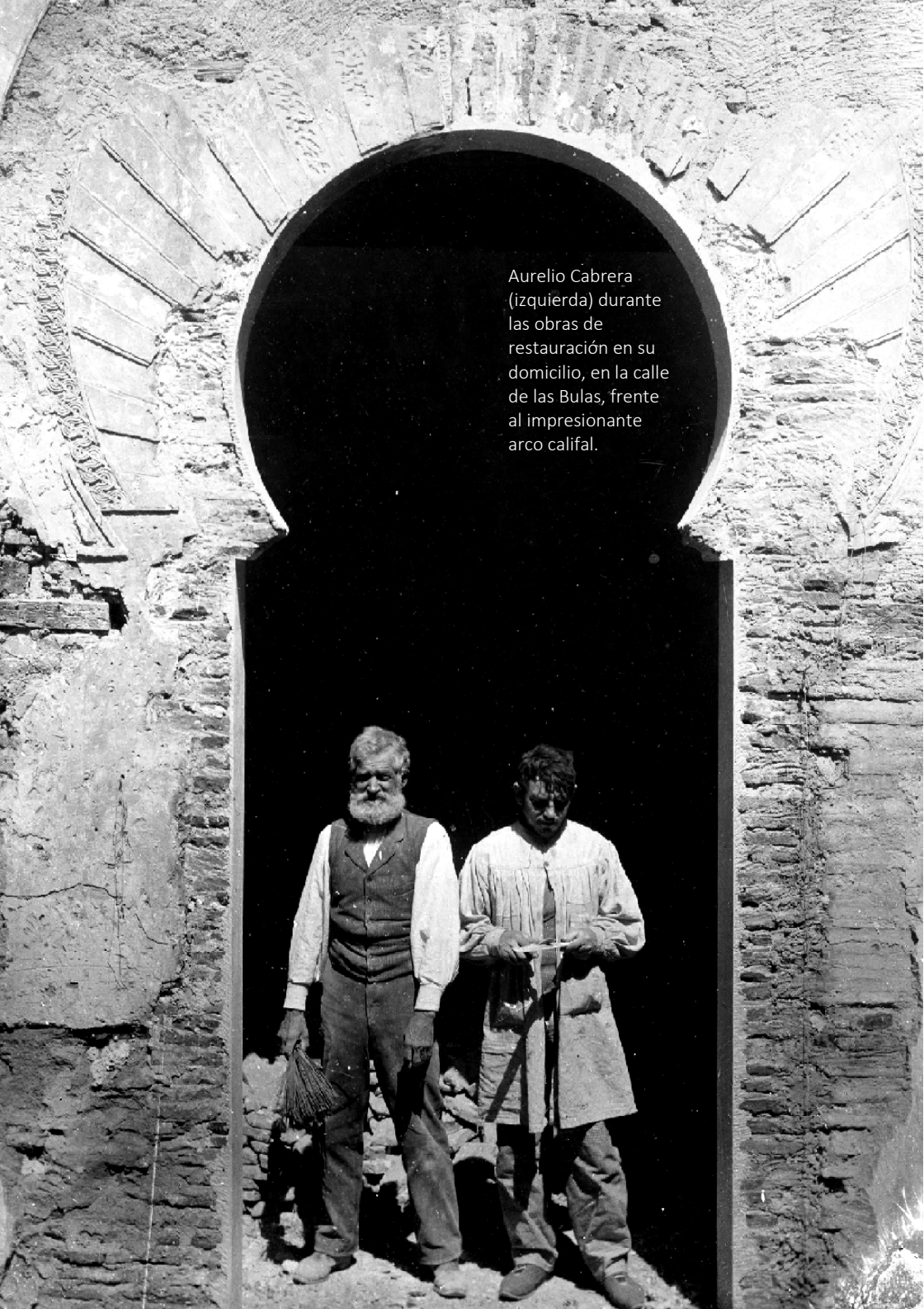
Por las aulas de la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Toledo han desfilado -hemos desfilado- numerosos alumnos, generaciones de aprendices y artistas, beneficiándose de las enseñanzas impartidas por auténticos maestros, con mayúsculas, entre ellos quienes hoy invocamos.

El extremeño de nacimiento -nació en la localidad de Alburquerque (Badajoz)- Aurelio Cabrera recaló en Toledo en 1906 al obtener, por oposición, la plaza de profesor numerario de Talla y Carpintería en la Escuela de Artes. En este centro desarrollaría toda su actividad docente, ocupando diferentes cargos, entre ellos el de director en la década de los años veinte, logrando un aumento muy considerable de los estudiantes-obreros matriculados, así como la ampliación de las instalaciones al ocupar el antiguo convento de Santa Ana. En palabras de Eugenia Muñoz, durante su mandato «la Escuela de Artes de Toledo vivió un periodo de gran prosperidad». Con su propia personalidad de «hombre controvertido pero de indiscutible celo y eficacia en el desempeño del cargo y de alta visión de las enseñanzas artísticas», Cabrera demostró una honda «preocupación por sus alumnos, los obreros, a la vez que trabajaba incansablemente en el aspecto artístico de la ciudad»[5]. Permaneció en el centro educativo durante treinta años hasta su fallecimiento.

Polifacético en sus hábitos, ejerció una interesante labor como escritor y divulgador: Fue autor de un catálogo-guía de monumentos artísticos de Toledo y colaborador en la prensa escrita (*El Castellano* y *Heraldo Obrero*). Por su ganada reputación, fue designado comisario de excavaciones arqueológicas en 1914.

---

[5] E. Muñoz Barragán, *op. cit.*, p. 28.



Aurelio Cabrera (izquierda) durante las obras de restauración en su domicilio, en la calle de las Bulas, frente al impresionante arco califal.

San Sebastián, obra de Aurelio Cabrera en 1899, inspirado en un modelo de Just Becquet (Museo del Prado).

El catalán de Barcelona Roberto Rubio Rosell, se incorporaría años después, en 1913, como profesor de término de Modelado y Vaciado, desempeñando la dirección durante un breve tiempo antes de 1936, permaneciendo en ella hasta 1941, cuando se trasladó a Valencia como docente (previo paso, de nuevo, por Barcelona, ocupando en la Escuela de la ciudad del Turia el cargo de director en 1945) Años más tarde, en 1954, sería designado vocal de la Asociación Nacional del Profesorado de Escuelas.

Una relación más intensa, al tiempo que más afectiva, por haber sido lugar de aprendizaje y centro donde fueron forjándose su arte y sus destrezas como tallistas y canteros, mantuvieron Cecilio Béjar y Francisco López. La Escuela de Artes y Oficios disfrutó de su magisterio como profesores de Modelado (Béjar) y de Talla en piedra (Kalato). Ambos extendieron sus enseñanzas durante más de treinta años, dejando una profunda estela en los numerosos alumnos que pasaron por sus clases.

Con independencia de las relaciones reseñadas, conviene subrayar, aunque solo sea de pasada, la permanente simbiosis existente, ayer y hoy, entre la Escuela de Arte y la Real Academia, dos instituciones sobre las que se ha cimentado el arte toledano.

### 3.- SU PASO POR LA REAL ACADEMIA.

Singular interés tiene mostrar el reflejo de los numerarios escultores en la vida de la institución, intentar encontrar el grado de dinamismo de su presencia, las intervenciones, propuestas, mociones, participación en tareas diversas... En definitiva, comprobar qué aportaron durante los años de permanencia aquí. Para averiguarlo, me voy a servir de dos fuentes de información distintas. Para los dos más antiguos, miembros fundadores, las abundantes referencias aparecidas en la *Historia de la Real Academia* de Ramón Sánchez González[6], nuestro antiguo compañero y director, y para los dos más recientes, la consulta directa en las actas de la corporación.

Lo primero que salta a la vista es el acentuado protagonismo de los escultores fundadores, probablemente arrastrados por el entusiasmo de la novedad, por tratarse de la etapa de comienzo, en la que nada estaba hecho y todo debía hacerse, donde no había referencias pasadas para contrastar, cuando existían menos organismos públicos y privados encargados de velar por el protagonismo y por los fines estatutarios con que se dotó la institución. Béjar permaneció en la Academia poco más de tres años y no dio mucho tiempo a conocer sus actuaciones, y *Kalato* manifestó una personalidad más discreta, pero no por ello menos entusiasta por la institución.

Aurelio Cabrera (1916-1923), titular de la medalla XVII, a quien es fácil ver en fotografías de la época, mano sobre

---

[6] R. Sánchez González, *Historia de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (1916-1966)*, Ediciones Puertollano, 2017.

obra, en labores arqueológicas, de restauración, cooperando con otras personas e instituciones, sobresale de forma especial. Hay documentadas varias mociones e informes suyos. Unas veces se trataba de intentar establecer unos criterios estéticos para la capital y para ello leyó en 1917 una moción en la que proponía «redactar una cartilla que facilite la aplicación adecuada de retundidos y revocos en edificios de carácter legendario». Otras veces preguntaba por el estado en que se encontraban las gestiones para desviar las aguas que descendían hasta la puerta de Alcántara.

Aurelio Cabrera realizó estudios y obras complementarias de diferentes actuaciones en la ciudad, como un vaciado en yeso de una lápida sepulcral de 1260, cuya procedencia se desconoce. Al participar en las excavaciones practicadas en el Cerro de la Virgen de Gracia, encomendadas a Amador de los Ríos, se ocupó de levantar unos planos, acompañados de un «interesante y concienzudo estudio», con fotografías de Pedro Román. En otro momento mostró «un dibujo de piedras con inscripción hebraica que se encuentran en la mampostería del interior de la torre del templo de San Justo».

El patrimonio fue igualmente una preocupación latente en todo su tiempo de permanencia. En una sesión pidió que a través del correspondiente en Madrid, Páramo Barranco, «no salieran de Toledo las maderas labradas que existen desmontadas en la casa de la calle del Sacramento». Otro día hizo unas observaciones sobre los restos del anfiteatro romano «existentes aún en varias casas situadas en el barrio de las Covachuelas», similares a los del circo romano, proponiendo que fueran examinados por los académicos. En 1919 requirió al pleno que promoviera la desaparición de un muro que ocultaba la mezquita del Cristo de la Luz.

Llama la atención la debilidad sentimental por Badajoz y su tierra natal, Alburquerque, siendo objeto de varias mo-

ciones con dibujos y fotografías tocantes a cuestiones arqueológicas, pese a no tener ninguna relación con Toledo y su provincia, ámbito de actuación de la Real Academia.

Con independencia de actuaciones y propuestas individuales, su dinamismo se percibe en numerosas actividades, en ciertos momentos sencillas (como una comisión de trabajo para visitar obras en el colegio de Santa Catalina), pero otras de mayor envergadura, como el intento de crear un Museo de la Academia en 1919 o la organización de la Exposición de Bellas Artes de 1920, en la que varios numerarios desplegaron un gran celo. Respecto al primero, se elaboró un catálogo embrionario en el que se registraron cuadros y retratos, y una relación de cuatro esculturas. Otro catálogo se confeccionó para la mencionada exposición y el mismo Cabrera presentó dos proyectos de monumentos.

Roberto Rubio Rosell, titular de las medallas XI (entre 1916 y 1928) y XIV (1935-1941), no se quedó atrás a la hora de impulsar ideas y proyectos en sus primeros doce años de permanencia, así como al implicarse en el trabajo académico, y, si fuera preciso, mostrar su discrepancia, como aconteció en 1926 a una propuesta de Adolfo Aragonés para erigir un monumento a Juan de Padilla. Si bien ensalzó y aprobó la moción, declaró no estar conforme con que se hubiera de demandar antiguos diseños al entender «que los actuales arquitectos y artistas no se hallaban en condiciones de afrontar el proyecto» que quería hacer la Real Academia toledana.

Con gran satisfacción, suponemos, aceptaría los encargos de modelar un busto del cardenal Cisneros, «para que figure en la velada conmemorativa en honor a dicho prelado», y de confeccionar una lápida en recuerdo de Luis de Tristán. Por ambos trabajos recibió efusivas felicitaciones («voto de gratitud», dice el acta). En 1923 se encargará, por mandato de sus compañeros, de la confección de un arquetipo

Busto del cardenal Cisneros, de 1916, obra de Roberto Rubio (Real Academia toledana).

Busto de Damián Forment, en la calle del mismo nombre, en Valencia. Obra del escultor Roberto Rubio.

él, se acordó que anualmente, el 11 de junio, aniversario de la fundación de la Real Academia, se celebrara un funeral en sufragio de los académicos fallecidos. Al año siguiente manifestó el deseo de que la institución se interesara sobre el traslado al Museo Arqueológico de la estatua orante existente en un nicho de la capilla del lado del Evangelio en la iglesia de San Pedro Mártir, por tratarse de una de las mejores esculturas de Toledo y por no estar colocada en sitio adecuado. Meses después, al hilo del nombramiento de vocales jurados de bellas artes, se aprobó que la Academia no designase ninguno en tribunales que no contasen con mayoría de artistas.

Probablemente como consecuencia de su talante conciliador formó parte, con otros dos compañeros, de la comisión creada en 1926 para resolver el conflicto suscitado entre dos académicos de «armas tomar». Otro dato a favor de su personalidad es que en 1926, junto a Teodoro San Román, fue el único que asistió a todas las reuniones, como era -y sigue siendo- preceptivo. Fruto de su cuidada educación, consciente del deber de velar por la familia, promovió y consiguió el nombramiento de sus hermanos Rafael, profesor de la Escuela de Arte de Valencia, y Robustiano, igualmente vinculado al arte, como académicos correspondientes en Valencia (1916) y Buenos Aires (1917), respectivamente.

Cecilio Béjar (1968-1971), titular de la medalla XI, mantuvo una asistencia irregular a las sesiones académicas. Son escasas las referencias concretas. Lógico, por otro lado, al pertenecer a la institución únicamente durante un trienio.

En 1969 expresó al pleno la necesidad de comunicar al arzobispado el deterioro existente en la portada del convento de Santa Isabel. Al año siguiente dio cuenta de la situación en que se encontraba la muralla de la Ronda, acordando enviar los asistentes un oficio a la Dirección General de Bellas Artes para expresar su disconformidad con el procedimiento de res-

tauración utilizado. Posteriormente, en 1971, informó a una pregunta de Romero Carrión sobre la ubicación definitiva de una de las cruces del corregidor Gutiérrez Tello. Hay otras dos alusiones personales: una, su integración en una comisión de cinco académicos para elaborar un estudio relacionado con el problema de la reconstrucción de viviendas en el Casco, y otra en marzo de 1971, cuando, junto a Rafael Sancho, fue propuesto candidato a las elecciones a diputado provincial.

Francisco López García, *Kalato* (1987-2004), medalla XIV, permaneció catorce años como numerario, pero sus referencias en las actas son escuetas, lo que da muestra de su discreción, llevada a veces al extremo[7]. Sin duda prefirió expresarse con las manos en su estudio, creando una copiosa obra escultórica, más que con la palabra en el seno de la Academia, sin que este silencio suponga ningún atisbo de desdoro a su trayectoria. Sí resultó ejemplar en su compromiso de asistencia a las sesiones, documentándose su presencia de forma permanente.

Las noticias más extensas de su paso por la Real Academia corresponden a dos discursos pronunciados. El de ingreso, el 15 de noviembre de 1987, ilustrado con abundantes imágenes, donde expuso su trayectoria artística desde los inicios hasta ese momento, culminado con «una salva de aplausos» por parte de los asistentes, y el de inauguración de curso, en octubre de 1992, titulado «Audiovisual sobre investigación y ensayo del volumen escultórico», en el que, según reza el acta, «presentó una selecta colección de diapositivas sobre sus más recientes y comprometidas creaciones,

[7] En noviembre de 1994, en una animada sesión sobre afirmaciones del historiador Paul Preston recogidas en su biografía sobre Franco relativas al Alcázar de Toledo, acerca de la opción de escribir al autor, todos los académicos presentes se pronunciaron a favor o en contra. *Kalato*, por el contrario, manifestó que «se abstiene».

siendo muy aplaudido por el público». Llevó también al pleno algunos informes. Como ejemplo puede citarse uno relativo a la creación por parte del Ayuntamiento de un consejo asesor del Centro Cultural Posada de la Hermandad, al que se había invitado a formar parte a varias instituciones, lamentando que se hubieran olvidado de la Real Academia, u otro sobre la deficiente restauración de las rejas del Hospital Tavera. En esta ocasión pidió que una comisión efectuase una visita. Además de esto se mostró siempre solícito para integrarse en comisiones, formar parte de un jurado, participar en las salidas organizadas o aceptar la designación en 2003, junto a Tomás Camarero, del patronato municipal del Museo de Escultura al Aire Libre, proyecto iniciado en 1980, con un intento de recuperación en 1993, sobre cuya creación la Academia mostró una postura favorable.

Busto del Maestro Guerrero, obra del escultor Cecilio Béjar (Teatro de Rojas).

La desvinculación con la institución de los cuatro académicos, cuyo recuerdo traemos a la memoria en esta sesión, fue dispar. Roberto Rubio, al trasladarse a vivir a Valencia por razones laborales, perdió su condición de numerario, aunque allí sería elegido miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos (1950), a la que

donó el original en piedra de su *Damián Forment*. A los escultores toledanos -Béjar y *Kalato*- fue la muerte quien los separó de la institución. La situación más singular fue la de Aurelio Cabrera, muy implicado y comprometido con la Real Academia, pero que en 1923, en desacuerdo con algunas decisiones tomadas, optó por abandonarla, una realidad (la baja por disconformidad) repetida en la institución en más de una ocasión a lo largo de su centenaria existencia.

**4.- TOLEDO Y SUS OBRAS.**

Reconociendo la existencia de obras maestras de nuestros escultores ubicadas fuera de Toledo, como el *Monumento a Zurbarán* con reproducciones en Sevilla y Badajoz de Cabrera (quien realizó varios proyectos para monumentos públicos y obras tan afamadas como el *San Sebastián* del Museo del Prado, con la que consiguió una medalla en la Exposición Nacional), o la mencionada estatua de Damián Forment en Valencia, de Roberto Rubio, me voy a centrar exclusivamente en comentar alguna de las creaciones existentes en Toledo. Destacaré aquellas a cuya vista puede acceder cualquier ciudadano, simplemente paseando por la ciudad con la mirada atenta, dejando al margen las privadas.

Es de notar la circunstancia de que algunas de sus piezas tienen su origen en iniciativas surgidas en el seno de la Real Academia. En 1917, entre los actos organizados para el cuarto centenario de la muerte del arzobispo y cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, se decidió la realización de un busto realizado por Rubio Rosell que en la actualidad forma parte del patrimonio artístico de la Real Academia. El mismo artista llevaría a cabo otras dos creaciones a propuesta de sendas iniciativas académicas. En 1922 como reconocimiento a la figura del primer director y alma mater en sus primeros años se colocó una placa dedicada Rafael Ramírez de Are-

llano en la plaza Marrón. Dos años después el homenaje de admiración fue para el ilustre pintor, discípulo del Greco, Luis Tristán, colocando otra placa en la Bajada del Barco.

Cecilio Béjar, cuando ingresó en 1968, donó un busto de Clemente Palencia, y en 1970 restauró «con un gran acierto» las yeserías mudéjares del arco lateral del Salón de Mesa.

Francisco García López también labró estrechos lazos entre su alma creadora y la Real Academia. Antes de su ingreso como numerario, pero ya académico correspondiente, realizó una placa escultórica en la entrada al monasterio de Santo Domingo el Antiguo realizada con motivo de un homenaje poético y de reconocimiento dispensado por la Real Academia al Greco en 1983, entre cuyos ilustres asistentes se encontraban poetas como Fina de Calderón, José García Nieto o Clemente Palencia. Igualmente, realizó sendos bustos de dos personajes queridos y admirados: Cecilio Béjar, su maestro, y Manuel Romero Carrión, compañero de docencia e inquietudes artísticas durante años en la Escuela de Artes y Oficios. Del mismo modo, realizó otro busto en bronce de Guillermo Santacruz, y no puede olvidarse el autorretrato donado al ingresar como numerario. Conviene recordar que en 1995 presento un presupuesto en la Academia para una placa que se pensaba colocar en la plaza de Santa Clara, en el edificio de Obras Públicas y que se acordó encargarle.

Evidentemente, no se agota, ni muchísimo menos, la veta creadora relacionada con la Imperial Ciudad bajo la sombra impulsora de la Real Academia toledana. Rubio Rosell, debido a su acreditada destreza en la realización de retratos, fue solicitado para elaborar bustos de personajes conocidos en la sociedad toledana, como Sebastián Aguado, el comandante Francisco Villamartín (Museo del Ejército) -en 1925 se descubrió un monumento en su honor en el Paseo de la Vega- o el general Villalba (Academia de Infantería). Aun-

Página web de la Fundación Kalato (www.kalato.es), que gestiona su legado.

que no puedo precisar con detalle la intervención concreta realizada, sí hay referencias a su participación en la restauración del retablo de la parroquia de Santo Tomé. Precisamente también sobre un retablo sabemos que trabajó Aurelio Cabrera en 1918-1919, en la iglesia de San Vicente, en concreto los pináculos y umbelas, por recomendación de Vicente Cutanda al párroco de San Nicolás.

Cecilio Béjar tuvo una gran implicación en la vida artística y en la defensa y rehabilitación del patrimonio urbano. Probablemente, haber nacido en Toledo -Calle Alamillos del Tránsito- le hizo sentir un amor singular hacia la ciudad y ya en 1936 lo encontramos como miembro del Comité de Defensa del Patrimonio, creado durante la guerra con el fin de proteger las obras de arte, del que también formaban parte otros académicos como Aurelio Cabrera, Enrique Vera o Julio Pascual. Concluida la contienda civil, llevó a cabo una importante labor como restaurador de piezas artísticas, tales como el busto de Juanelo Turriano de Leoni o el sepulcro del cardenal Tavera de Berruguete. De mayor trascendencia fue su participación (en realidad, de todo el taller de los Béjar, formado por los hermanos Tomás, Cecilio y Federico) en

*Éxtasis* (1981), escultura de Kalato en mármol de Carrara.

la rehabilitación del Alcázar, el hospital de Tavera y de forma especial del convento de San Juan de los Reyes.

Este magnífico edificio gótico isabelino fue incendiado por las tropas francesas durante la guerra de la Independencia y arrastró una decadencia y abandono durante décadas haciendo las delicias de los viajeros románticos desplazados a Toledo. En 1941 el templo se devolvió a la orden franciscana y la Dirección General de Regiones Devastadas asumió su reconstrucción. Para ello se habilitó en el interior un taller dirigido por Cecilio Béjar, donde concurrieron canteros y tallistas que trabajaron en su recuperación hasta concluir las obras en 1967 y reanudarse el culto. También aquí esculpió una *Inmaculada Concepción*. Otras composiciones suyas distribuidas por la ciudad son la hornacina e imagen de *Santa Bárbara* en la calle Trinidad, el busto de *Jacinto Guerrero* en el Teatro de Rojas, el *Buen Pastor* existente en la residencia sacerdotal Casa de Ejercicios y los logotipos comerciales de Caja Rural en el barrio de Santa Teresa.

*Kalato* es autor de una fecunda faceta creativa, de una ingente producción escultórica (gran parte custodiada con esmero en la Fundación que lleva su nombre, y otro nutrido contingente en domicilios particulares). De carácter público podemos recordar el conjunto escultórico (1975) realizado en Gálvez, su pueblo natal; la estatua dedicada a *Santa Clara* en conmemoración del octavo centenario de su muerte (1994) y el *San Juan de la Cruz* del convento de los Carmelitas. Más allá de estas consideraciones no se debe olvidar el ejercicio profesional en el taller familiar, donde Cecilio colaboró para empresas de restauración en Ávila, Madrid y Aranjuez, y toda la producción propia en su estudio.

Llama la atención la ausencia de piezas escultóricas «toledanas» en quien probablemente sea de los cuatro el que ha gozado de mayor reconocimiento entre los estudiosos del arte, Aurelio Cabrera. Con un prestigio acreditado fuera del estrecho marco toledano, con encargos nacionales de relevancia sobre personajes históricos -*Hernán Cortés*, *Núñez de Balboa*, *Espronceda*-, quizá sus otras inclinaciones culturales, al margen de las puramente escultóricas, expliquen la poca presencia (casi mejor, diríamos nula) en las calles o plazas de la ciudad. Sin duda el apasionamiento por la arqueología, la dedicación y entusiasmo puesto en la enseñanza y dirección de la Escuela de Artes, así como la faceta de articulista aprovechada para verter en los textos publicados sus preocupaciones patrimoniales y artísticas, todo ello le hizo desviar la atención hacia otros menesteres, no por ello minusvalorados. Recordemos el laborioso catálogo-guía de monumentos artísticos realizado para visitar los edificios custodiados por la Comisión de Monumentos, de la que fue comisario, con abundante información histórico-artística.

## 5.- CONCLUSIONES.

Para cerrar, a modo de conclusión, un par de consideraciones. La escultura, como una de las Bellas Artes, siempre ha estado presente en el seno de la Real Academia. Aunque en mi discurso me he centrado en los cuatro numerarios expuestos, no quiero olvidar, porque es de justicia e inexcusable mencionarlo, la existencia de otros valiosos escultores, como, a título de ejemplo, el correspondiente Gabriel Cruz Marcos, autor de una extensa obra, o el artista Francisco Rojas -antiguo numerario-, conocido sobre todo por su condición de pintor, pero sin perder de vista su faceta de escultor. Ahí está su *Apostolado* frente a la entrada del Museo del

Greco, o el monumento erigido en el cementerio municipal precisamente a Cecilio Béjar.

Los escultores académicos mencionados -curiosamente, ninguno desempeño cargo alguno dentro de la corporación-, todos, podemos caracterizarlos mediante tres rasgos comunes extraídos de su trayectoria:

1. Artistas con un profundo dominio del oficio.
2. Docentes aplicados en transmitir sus habilidades y sus conocimientos a los discípulos en un afán de engrandecer esta manifestación plástica.
3. Personas comprometidas, cada una desde su particular forma de ser y de actuar, con la Real Academia, aportando su grano de arena con la aspiración y el anhelo de contribuir a hacerla cada vez más grande y brillante.

Una aspiración y anhelo que también suscribe quien les habla, quien para finalizar no quisiera dejar de tener presente una constante en la que, me decía mi maestro:

Recuerda siempre:

La arcilla es la vida. La escayola, la muerte. La madera, la piedra y el bronce, la resurrección.

He dicho.